

VII. TEXTOS LITERARIOS EN PROSA

1. Norma abrió los ojos al sol y quiso que sus rayos le calcinaran las pupilas. Luego los cerró para vivir la fuga de puntos azules y centellas amarillas que crecían como las ondas del estanque una vez arrojada la primera piedra. Pero el sol se concentraba en los labios. El sol la besaba. Norma quiso recordar, recordar los besos. Abrió de nuevo los ojos y se irguió rápidamente. Es que siempre había rogado que la recordaran a ella, y nunca había deseado recordar a nadie. Ahora sentía, más que terror, un leve sentimiento de ultraje, de desprecio, al pensar que tuviera que empezar a recordar mientras los demás la olvidaban. Dilató la nariz para aspirar el perfume de retama que ascendía del jardín. Era idéntico al otro, al del pequeño jardín de la pequeña casa donde celebró sus diecisiete años. ¿Alguien, además de ella, lo recordaría? ¿Alguien, en este instante —en todos los instantes— recordaría toda la vida de Norma? Alargó el brazo y tomó el frasco de aceite mientras el sol, comprimido, se desbarataba en la luz propia que el cuerpo brillante le devolvía, disparado desde las puntas moradas de los senos.

Carlos Fuentes

La región más transparente (fragmento).

2. Por miedo a un nuevo atentado, no oso permanecer en mi mesa por la noche. Me acuesto, sin atreverme a dormir, con la lámpara encendida en la negra noche. Frente a mi ventana, sobre la pared, se proyecta la sombra de una forma humana. No podría asegurar si era hombre o mujer, pero tuve la impresión de que era una mujer.

Cuando me levanto para observar, cae bruscamente la cortina con un ruido seco. Luego, oigo al desconocido entrar en la habitación vecina, y se hace el silencio.

Durante tres horas permanezco despierto, privado del sueño que habitualmente no se hace esperar.

Una sensación alarmante se desliza por mi cuerpo; soy víctima de una corriente eléctrica que circula entre las dos habitaciones contiguas. La tensión va creciendo y, a pesar de la resistencia, salto de la cama obsesionado por esta idea:

—¡Me matan! ¡No quiero que me maten!

August Strindberg

Infierno (fragmento).

Él se arrojó a sus pies, oprimió el rostro contra su regazo, con un terror indecible quedarse solo. Ríos devastadores por su interior, un mar encerrado, que buscaba una salida, hizo saltar en pedazos los diques de los ojos. La mano de ella le recorrió los cabellos. Vacío. La cálida tarde. La ciudad tras los visillos azules. Tranvías. Automotores. Voces de niños desde el parque. Pronto despertará Gerd. Ir de paso con ella. Cisnes en el parque. Gerd riéndose, jugando en la hierba. La propia vida de Gerd. Y la vida que ella vivía en el bebé.

Mientras él lloraba sobre sus rodillas, ella viajaba. Siempre viajaban, cada uno por su lado, por paisajes cambiantes. A veces se encontraban en casuales estaciones, luego seguían adelante, a través de aromas, de regiones desconocidas, de elementos evolucionados. Cuando sus miradas volvían a encontrarse, reflejaban mundos transoceánicos.

Peter Weiss
El duelo (fragmento).

4. Unos días antes de las fiestas patrias alguien levantó la cabeza. No se sabe si fue Ramón o Martín o Jesús el primero que lo vio. Lo que sí se sabe es que al instante todo el pueblo levantó la cabeza y vimos a don Chico arriba del campanario con las alas puestas, iniciando cauteloso el aleteo que habría de conducirlo a la gloria. Detenía a veces el movimiento, se mojaba con saliva el dedo y comprobaba la dirección del viento, abría de par en par las alas y descansaba la cabeza sobre el hombro, semejante a nuestro viejo escudo nacional. De pronto reinició el aleteo, arresortó la pierna derecha contra el muro del campanario para tomar impulso, apuntó el pie izquierdo hacia El Porvenir, que tal era el nombre de la cantina que está enfrente de la iglesia y se dispuso a iniciar la epopeya. Alguien le preguntó tocándole la punta del ala izquierda:

—¿Va usted a volar, don Chico?

—Seguro —respondió.

—¿Y... llegará lejos, don Chico?

—Lejísimos.

—¿Y de altura, don Chico?

—Altísimo.

—¿Al cielo llegará, don Chico?

—Al cielo mismo.

La cara de aquel que preguntaba se iluminó.

—Por vida suya, don Chico, llévele al cielo este queso a mi mamá que se murió con el antojo.

Don Chico aceptó con ligereza el queso, buscando deshacerse del impertinente sin considerar el error que había cometido. No se sabe si fue Ramón o Martín o Jesús, el primero que hizo el encargo al otro mundo. Lo que sí se sabe es que al instante todo el pueblo subió al campanario y don Chico siguió aceptando quesos y chorizos, dulces y aguardiente, tostadas y jamones para llevar al cielo.

Cuando don Chico resorteó la pierna derecha, siguiendo la dirección a El Porvenir, abrió el espectáculo grandioso de sus alas. El pueblo escuchó el estruendo de carrizos rompiéndose y petates rasgándose en el aire y quesos rodando por la calle.

Cuando el silencio volvió, alguien dijo:

—Lo mató el sobrepeso. Si no fuera por los encarguitos, don Chico vuela.

Eraclio Zepeda

Don Chico que vuela (fragmento).

5. En realidad lo que nos servía de celda era uno de los sótanos del hospital. Se sentía terriblemente el frío, debido a las corrientes de aire. Toda la noche habíamos tiritado y durante el día no lo habíamos pasado mejor. Los cinco días precedentes había estado en un calabozo del arzobispado, una especie de subterráneo que debía datar de la Edad Media: como había muchos prisioneros y poco lugar, se les metía en cualquier parte. No eché de menos mi calabozo: allí no había sufrido frío, pero estaba solo; lo que a la larga es irritante. En el sótano tenía compañía. Juan casi no hablaba: tenía miedo y luego era demasiado joven para tener algo que decir. Pero Tom era buen conversador y sabía muy bien el español. En el subterráneo había un banco y cuatro jergones. Cuando nos devolvieron, nos reunimos y esperamos en silencio.

Jean-Paul Sartre

El muro (fragmento).

6. El padre Ángel se incorporó con un esfuerzo solemne. Se frotó los párpados con los huesos de las manos, apartó el mosquitero de punto y permaneció sentado en la estera pelada, pensativo un instante, el tiempo indispensable para darse cuenta de que estaba vivo, y para recordar la fecha y su correspondencia en el santoral. “Martes cuatro de octubre”, pensó; y dijo en voz baja: “San Francisco de Asís”.

Se vistió sin lavarse y sin rezar. Era grande, sanguíneo, con una apacible figura de buey manso, y se movía como un buey, con ademanes densos y tristes. Después de rectificar la botonadura de la sotana con la atención lánguida de los dedos con que se verifican las cuerdas de un arpa, descorrió la tranca y abrió la puerta del dormitorio. Los nardos bajo la lluvia le recordaron las palabras de una canción.

“El mar crecerá con mis lágrimas”, suspiró.

El dormitorio estaba comunicado con la iglesia por un corredor interno bordeado de macetas de flores, y calzado con ladrillos sueltos por cuyas junturas empezaba a crecer la hierba de octubre. Antes de dirigirse a la iglesia, el padre Ángel entró al excusado. Orinó en abundancia, conteniendo la respiración para no sentir el intenso olor amoniacal que le hacía saltar las lágrimas. Después salió al corredor, recordando: “Me llevará esta barca hasta tu sueño”. En la angosta puertecita de la iglesia sintió por última vez el vapor de los nardos.

Gabriel García Márquez
La mala hora (fragmento).

Las Balandro habían entrado por la puerta de la casa de la señora Benavides, estaban cruzando el boquete que unía las dos casas, y entrando en su comedor cuando dieron pasos, traspies, pujidos. Arcángela estaba a punto de preguntar “¿qué pasa?” cuando oyó, primero un golpe sonoro —nalga contra barandal—, después un crujido —barandal se desprende—, golpe reverberante —barandal contra el piso—, golpe seco —rodajas contra cemento.

Es posible que alguna de las que vieron ocurrir el accidente haya gritado, que unas cuantas mujeres hayan bajado por la escalera corriendo, pero la muerte acaba siempre por imponer su silencio en los que la contemplan. Podemos suponer entonces que cuando las Balandro abrieron la puerta que da de la casa al cabaret, todo estaba en silencio. Entraron en un recinto lleno de polvo calizo y fueron distinguiendo, primero los fierros retorcidos, después las muertas, y por último, al levantar la mirada, el marco del balcón sin barandal, cinco, seis y más mujeres que miraban hacia abajo.

Jorge Ibarguengoitia
Las muertas (fragmento).

8. Ahora voy a contarles alguna historia de pájaros. En el lago Budi perseguían a los cisnes con ferocidad. Se acercaban a ellos sigilosamente en los botes y luego rápido, rápido, remaban... Los cisnes, como los albatros, emprenden difícilmente el vuelo, deben correr patinando sobre el agua. Levantan con dificultad sus grandes alas. Los alcanzaban y a garrotazos terminaban con ellos.

Me trajeron un cisne medio muerto. Era una de esas maravillosas aves que no he vuelto a ver en el mundo, el cisne cuello negro. Una nave de nieve con el esbelto cuello como metido en una estrecha media de seda negra. El pico anaranjado y los ojos rojos.

Esto fue cerca del mar, en Puerto Saavedra, Imperial del Sur.

Me lo entregaron casi muerto. Bañé sus heridas y le empujé pedacitos de pan y de pescado en la garganta. Todo lo devolvía. Sin embargo, fue reponiéndose de sus lastimaduras, comenzó a comprender que yo era su amigo. Y yo comencé a comprender que la nostalgia lo mataba. Entonces, cargando el pesado pájaro en mis brazos por las calles, lo llevaba al río. Él nadaba un poco, cerca de mí. Yo quería que pescara y le indicaba las piedrecitas del fondo, las arenas por donde se deslizaban los plateados peces del sur. Pero él miraba con ojos tristes la distancia.

Así cada día, por más de veinte, lo llevé al río y lo traje a mi casa. El cisne era casi tan grande como yo. Una tarde estuvo más ensimismado, nadó cerca de mí, pero no se distrajo con las musarañas con que yo quería enseñarle de nuevo a pescar. Se detuvo muy quieto y lo tomé de nuevo en brazos para llevármelo a casa. Entonces, cuando lo tenía a la altura de mi pecho, sentí que se desenrollaba una cinta, algo como un brazo negro me rozaba la cara. Era su largo y ondulado cuello que caía. Así aprendí que los cisnes no cantan cuando mueren.

Pablo Neruda
Mi primer poema (fragmento).

9. "Fue un automóvil compacto, de color oscuro: posiblemente azul marino o negro". Ése era el único dato concreto que teníamos. A él se fueron sumando declaraciones muy vagas: "Mi sirvienta dice que ella sí vio el coche pero que no pudo apuntar las placas porque no sabe escribir". La señora de la casa verde que está en la esquina les platicó a los vecinos que se despertó al oír el golpe, pero que creyó que estaba soñando y volvió a dormirse.

El velador de la armadora fue mucho más explícito, quizá para demostrar que a la hora del accidente estaba haciendo el rondín obligatorio: "Yo, la verdad, sí oí el

y vino a preguntarme a casa para volver...

“Esa persona” se llamaba Santiago. Era mi hermano mayor. Medía un metro y ochenta y siete centímetros de estatura. Acababa de cumplir cincuenta años. Era músico en un restaurante. Sabía infinidad de canciones. Le gustaba silbarlas cuando venía de regreso a la casa. Un automóvil oscuro, posiblemente negro o azul marino, lo maró y dejó nuestras noches muy silencias.

Cristina Pacheco

Música en la noche (fragmento).

10. ¡Paf! Su frágil cuerpucillo se estremeció adolorido, abrió los ojos y se vio rodeado de un musgo suave y casi cubierto por las aguas verdosas y frías de un pantano.

Era verdad, no había muerto, se sentía herido, pero allí estaba, mudo de terror.

A lo lejos contempló una vieja casona rodeada por jardín, donde los últimos trinos de otras aves se escuchaban apenas. Había muchos árboles, y en ellos, multitud de nidos colgaban dejando ver el acogedor ambiente que la avecilla ahora tanto deseaba.

Quería alcanzar uno de aquellos nidos para poder descansar, pero ¿cómo lograrlo, si buena parte de su cuerpo estaba hundido en el cieno y casi no podía moverse?

Sara María Lugo

Pantano (fragmento).

VIII. PALÍNDROMOS

paliza o
expresión que
resulta lo-
 mismo ser leída en
un sentido q
en otro.

¡Ore! ¡Tropa va, portero!

¡Anulan a Luna?

1. ¿Acaso Larios oirá?... ¿Lo saca?
¡Atrápalo!... ¡Gol aparta!...
¿Se logrará "plan" al parar goles?...
si atrapas ¡os apartais!...
si acaso lo colocó, ¡lo sacáis!...
¿Sales así, "parador"?... ¡Ese
[rodará!... ¡Pisáselas!...
¡Alójola!
¿Así logrará tropa aportar goliza?
¡Sal!... ¡Apártalas allá!... ¡Sal!...
[¡Atrápalas!...
¿Si acaso lo colocó como coco loco,
[lo sacáis?...
¿Lo gozó?... ¡Cáchele el achacoso
[gol!...
¡No te la meterá!... ¡Va rete
[maletón!...
¡Aléjela!...
¡Si la saca, salís!...
¿Acaso no saca
aire, tropas, en esa portería?...
¡Ore!... ¡Tropa va, portero!...
2. ¿Logramos al asomar gol?
¿Anulan una, Luna?
¡No la...! ¡Bobo robó balón?...
¿Así la para para rival o la virará
[para paliza?...
¡Desánimo dele!... ¡Ve!...: ¡Le
[domina sed!...
Si los azuza Solís
allá,
¡lígala!... ¡Sal!... ¿A Gil
anúlole lo lelo, Luna?...
¡Acá sale si se la saca!...
¿Anulas esa, Luna,
o revira la bala Rivero?...
¡Atela!... ¡Tápale la pataleta!...
¿Acata?... ¿Se la localiza y así la
[cola les ataca?...
¿Logra Luna anular gol?...
¿A Robot ató Bora?...
¡Arañadlo!... ¿Gana gozos o gana
[gol?... ¿Dañará?
¿Anula la bala, Luna?...
¡Anúlala Luna!...
¡Así logra Luna anular goliza!...

José Trinidad Memije Alarcón

José Trinidad Memije Alarcón

ble a la tortura que utilizan los gorilas de la represión para lastimar a sus víctimas y que esto era demasiado fuerte para su degradado carácter.

Eugenio Aguirre
La suerte de la fea (fragmento).

4. sintió que el hombre aquel que llevaba sobre sus hombros dejó de apretar las rodillas y comenzó a soltar los pies balanceándolos de un lado para otro y le pareció que la cabeza allá arriba se sacudía como si sollozara sobre su cabello sintió que caían gruesas gotas como de lágrimas lloras Ignacio lo hace llorar a usted el recuerdo de su madre verdad pero nunca hizo usted nada por ella nos pagó siempre mal parece que en lugar de cariño le hubiéramos retacado el cuerpo de maldad y ya ve ahora lo han herido qué pasó con sus amigos los mataron a todos pero ellos no tenían a nadie ellos bien hubieran podido decir no tenemos a quién darle nuestra lástima pero usted Ignacio allí estaba ya el pueblo vio brillar los tejados bajo la luz de la luna tuvo la impresión de que lo aplastaba el peso de su hijo al sentir que las corvas se le doblaban en el último esfuerzo al llegar al primer tejaban se recostó sobre el pretil de la acera y soltó el cuerpo flojo como si lo hubieran descoyuntado destrabó difícilmente los dedos con que su hijo había venido sosteniéndose de su cuello y al quedar libre oyó como por todas partes ladraban los perros y tú no los oías Ignacio dijo no me ayudaste ni siquiera con esta esperanza

Juan Rulfo
El llano en llamas (fragmento).

XI. TEXTOS LITERARIOS CON PUNTUACIÓN

1. ...llegué a mirarlo con inexpresable odio y a huir en silencio de su detestable presencia, como si fuera una emanación de la peste.

Lo que, sin duda, contribuyó a aumentar mi odio fue descubrir, a la mañana siguiente de haberlo traído a casa, que aquel gato, igual que Plutón, era tuerto. Esta circunstancia fue precisamente la que le hizo más grato a mi mujer, quien, como ya dije, poseía en alto grado esos sentimientos humanitarios que alguna vez habían sido mi rasgo distintivo y la fuente de mis placeres más simples y más puros.

El cariño del gato por mí parecía aumentar en el mismo grado que mi aversión. Seguía mis pasos con una pertinencia que me costaría hacer entender al lector.

2. santo santo santo señor de los cuadriláteros santo enmascarado de plata te rogamos óyenos sanchopancesco quijote de capa y máscara ahí donde ahora tomas resuello tras de empatar esa rigurosa lucha a una sola caída y sin límite de tiempo escucha tus fieles devotos esto te lo escribo por ser lo que eres santo tutelar de la fanaticada de todas las arenas del barrio donde se cree en ti y en ti se confía como nunca más se crea de creerse ni confiar tata Lázaro aparte en ninguno de esos luchadores rudos villanos de la trampa y el golpe bajo que han actuado y dejado memoria ingrata en esa arena que nombramos México esto te lo escribo santo por lo que en mi gente significas de ánimo y estilo de amalgama e identidad contraseña y memoria común porque percibo que mueres al modo del purulentillo del panteón náhuatl requemado en la jornada para revivir sol y símbolo y santo de la santería popular por eso te escribo porque a tu advocación se arriman esos a los que dejas solos y mortecinos huérfanos de algo porque se les fue el santo al cielo el santo y seña desde aquel cuadrilátero al que hallas ido a parar mira por tus fanáticos por la desfalleciente esperanza de esta fanaticada que acá se queda luchando todos los días en este desigual encuentro de cotidianas caídas que tiene sentenciado a perder con los rudos del costalazo por las malas artes de árbitros vendidos mira por ellos que siempre perdidosos de tus triunfos sacaban los suyos y el desquite contra los rudos esos del negocio de la política y esos de la política del negocio que me tienen al paisano con la espalda en la lona.

Tomás Mojarro
Flor de leyenda y santería popular (fragmento).

3. cierto es que después de la primera agresión no se había metido jamás conmigo cierto también que durante todo el curso no me obligó a hacer ningún trabajo ni me endilgó tarea alguna que tampoco me interrogó como a los demás ni me llamo bestia peluda cagarruta de zopilote tercer cuerno del diablo u otras florituras con las que acostumbraba lacerar a sus alumnos cierto por último que cada vez que me veía en su clase me guiñaba un ojo y meneaba la cabeza como diciéndome ya verás deformidad humana cómo te pongo a la hora del examen sentada en el banquillo de los acusados tuve que esperar un cuarto de hora para que el infeliz se dignase mirarme siquiera y después de bostezar groseramente mascullara ah es verdad tengo que examinar al sabio hermafrodita porque no me dirás que eres mujer con esa facha a ver a ver dime dime la verdad a qué sexo perteneces narizotas mi silencio no hizo más que enfurecerlo era obvio que estaba cometiendo una crueldad indescriptible compara-

ondequiera que me sentara venía a ovillarse bajo mi silla o saltaba a mis rodillas, prodigándome sus odiosas caricias. Si echaba a caminar, se metía entre mis pies, amenazando con hacerme caer, o bien clavaba sus largas y afiladas uñas en mis ropas, para poder trepar hasta mi pecho. En esos momentos, aunque ansiaba aplastarlo de un solo golpe, me sentía paralizado por el recuerdo de mi primer amor, pero sobre todo —quiero confesarlo ahora mismo— por un espantoso temor animal.

Edgar Allan Poe
El gato negro (fragmento).

Santo, Santo, Santo señor de los cuadriláteros, Santo enmascarado de plata, te romos, óyenos. Sanchopancesco quijote de capa y máscara: ahí donde ahora tomas sueldo tras de empatar esa rigurosa lucha a una sola caída y sin límite de tiempo, cucha a tus fieles devotos.

Esto te lo escribo por ser lo que eres, Santo tutelar de la fanaticada de todas las esquinas del barrio, donde se cree en ti y en ti se confía como nunca más ha de creerse confiar —tata Lázaro aparte— en ninguno de esos luchadores rudos, villanos de la cancha y el golpe bajo, que han actuado y dejado memoria ingrata en esa arena que llamamos "México". Esto te lo escribo, Santo, por lo que en mi gente significas: espíritu y estilo, de amalgama e identidad, contraseña y memoria común. Porque percibo que mueres al modo del purulentillo del panteón náhuatl, requemado en la hornaza para revivir sol y símbolo, y Santo de la santería popular. Por eso te escribo, porque a tu advocación se arriman esos a los que dejas solos y mortecinos, huérfanos: algo porque se les fue el Santo al cielo. El Santo y seña...

Desde aquel cuadrilátero al que hayas ido a parar mira por tus fanáticos; por la desfalleciente esperanza de esta fanaticada que acá se queda luchando todos los días en este desigual encuentro a cotidianas caídas que tiene sentenciado a perder con los rudos del costalazo por las malas artes de árbitros vendidos. Mira por ellos que siempre perdidosos— de tus triunfos sacaban los suyos y el desquite contra los rudos, esos del negocio de la política y esos de la política del negocio, que me tienen alisano con la espalda en la lona.

Tomás Mojarro
Flor de leyenda y santería popular (fragmento).

3. Cierta es que después de la primera agresión no se había metido jamás conmigo. Cierta, también, que durante todo el curso no me obligó a hacer ningún trabajo, ni me endilgó tarea alguna; que tampoco me interrogó, como a los demás, ni me llamó bestia peluda, cagarruta de zopilote, tercer cuerno del diablo u otras florituras con las que acostumbraba lacerar a sus alumnos; cierto, por último, que cada vez que me veía en su clase me guiñaba un ojo y meneaba la cabeza como diciéndome ya verás deformidad humana cómo te pongo a la hora del examen. Sentada en el banquillo de los acusados, tuve que esperar un cuarto de hora para que el infeliz se dignase mirarme siquiera y, después de bostezar groseramente, mascullara: ah, es verdad, tengo que examinar al sabio hermafrodita, porque no me dirás que eres mujer con esa facha. A ver, a ver, dime, dime la verdad, a qué sexo perteneces, narizotas.

Mi silencio no hizo más que enfurecerlo. Era obvio que estaba cometiendo una crueldad indescriptible, comparable a la tortura que utilizan los gorilas de la represión para lastimar a sus víctimas, y que esto era demasiado fuerte para su degradado carácter.

Eugenio Aguirre
La suerte de la fea (fragmento).

4. Sintió que el hombre aquel que llevaba sobre sus hombros dejó de apretar las rodillas y comenzó a soltar los pies, balanceándolos de un lado para otro. Y le pareció que la cabeza, allá arriba, se sacudía como si sollozara.

Sobre su cabello sintió que caían gruesas gotas, como de lágrimas.

—¿Lloras, Ignacio? Lo hace llorar a usted el recuerdo de su madre, ¿verdad? Pero nunca hizo usted nada por ella. Nos pagó siempre mal. Parece que, en lugar de cariño, le hubiéramos retacado el cuerpo de maldad. ¿Y ya ve? Ahora lo han herido. ¿Qué pasó con sus amigos? Los mataron a todos. Pero ellos no tenían a nadie. Ellos bien hubieran podido decir: “No tenemos a quién darle nuestra lástima”. ¿Pero usted, Ignacio?

Allí estaba ya el pueblo. Vio brillar los tejados bajo la luz de la luna. Tuvo la impresión de que lo aplastaba el peso de su hijo al sentir que las corvas se le doblaban en el último esfuerzo. Al llegar al primer tejaban, se recostó sobre el pretil de la acera y soltó el cuerpo, flojo, como si lo hubieran descoyuntado.

Destrabó difícilmente los dedos con que su hijo había venido sosteniéndose de su cuello y, al quedar libre, oyó como por todas partes ladraban los perros.

—¿Y tú no los oías, Ignacio? —dijo—. No me ayudaste ni siquiera con esta esperanza.

Juan Rulfo
El llano en llamas (fragmento).

XII. TEXTOS DIALOGADOS

1. Personajes: Carlos y Diana.

Empiezan a bajar la escalera. Encienden la luz de la sala. Ella es robusta y alta; él no y además está enyesado y vendado: de una pierna, con costillas y brazo derecho. Camina con muleta. Ambos en ropa de dormir. Abajo, ven a los lados.

Carlos: ¿Ya ves? No hay nadie.

Diana: *(Ve hacia afuera)* ¡Jesús!

Carlos: ¿Qué cosa?

Diana: Abrieron todos los cajones del comedor. *(Sale desde fuera)* ¡Ya se llevaron todos los cubiertos!

Carlos: ¿Los de plata?

Diana: *(Fuera)* Los de plata y los otros. ¡Todos!

Carlos: No la friegues.

Diana: *(Entra, llorosa.)* Ay, mis cubiertitos. Ya me dieron ganas de llorar... ¡Mira!

Carlos: ¿Qué?

Diana: La tele.

Carlos: ¿Dónde está?

Diana: No está.

Carlos: ¡La tele!

Diana: ¡Se llevaron la tele!

Carlos: ¡No está!

Diana: ¡Ay, la tele!

Carlos: ¡Chin, la tele!

Emilio Carballido
¿Quién anda ahí? (fragmento).